

Alta Desigualdad en América Latina: desde cuándo y por qué

Javier E. Rodríguez Weber¹

Resumen

En los últimos años, se ha desarrollado un denso y fructífero debate sobre la historia de la desigualdad en Latinoamérica. Los puntos centrales del mismo son 1) el origen, es decir desde cuándo es América Latina una región de alta desigualdad; 2) rol del pasado colonial en ese origen y la historia posterior, 3) lo ocurrido durante las décadas centrales del siglo XX; y 4) las causas y sostenibilidad en el tiempo de la tendencia reciente a la mejora en la distribución del ingreso. En este marco, el texto tiene dos objetivos. En primer lugar, evaluar los méritos conceptuales y empíricos de las distintas posiciones en el debate. En segundo lugar, y más importante, ofrecer una breve historia de la desigualdad de ingreso en América Latina basada en la mejor evidencia disponible. Dicha historia se estructura en una narrativa analítica centrada en la forma en que el capitalismo periférico -hacia el que transitaban las economías latinoamericanas en el siglo XIX- se articuló con la herencia institucional anterior, gran parte de ella de origen colonial. Según el análisis que presentamos, tanto los quiebres, como algunos rasgos estructurales en la historia de la desigualdad, se explican por la forma en que los ciclos de precios de las exportaciones se han articulado con un entramado político-institucional marcado por la tensión entre la persistencia y el cambio.

Palabras clave: Desigualdad, América Latina, Instituciones, Historia, Capitalismo periférico

Abstract

In recent years, a dense and fruitful debate on the history of inequality in Latin America has developed. The central points of the debate are: 1) the origin of Latin American inequality; 2) the role of the region's colonial legacy; 3) whether the continent went through a period of "levelling" between 1930 and 1980; and 4) the sustainability of the recent trend towards inequality reduction. In this context, this paper has two main objectives. First, to evaluate the merits and empirical base of different positions under debate. Second, and most important, to offer a brief history of income inequality in Latin America based on the best evidence available. Thus, the paper presents an analytical narrative centered on the linkages between peripheral capitalism -to which Latin American economies moved in nineteenth century- and the institutional heritage, much of it of colonial origin. The main argument is that both changes and persistent features of inequality can be explained by the way in which the price cycles of exports interact with a political-institutional framework.

Key words: Inequality, Latin America, Institutions, History, Peripheral capitalism

JEL: N36; O54; B52

¹ Programa de Historia Económica y Social, Universidad de la República (Uruguay). Email: javier.rodriguez@cienciassociales.edu.uy

1- Introducción

En la segunda mitad del siglo XX, cuando comenzaron a publicarse estadísticas comparables de distribución del ingreso, los países latinoamericanos destacaron por su elevado nivel de desigualdad. Desde entonces, y hasta hace poco tiempo, el continente ha sido conocido como la región más desigual del mundo.

En los años sesenta y setenta, en su intento por explicar esta “anomalía”, investigadores provenientes de diversas disciplinas apuntaron a la importancia de la historia (Cardoso & Faletto, 1969; Furtado, 1976; Prebisch, 1981; Sunkel & Paz F, 1970). En los últimos años, académicos neo-institucionalistas, han destacado el rol de la herencia colonial para el desarrollo posterior (Acemoglu, Johnson, & Robinson, 2002; Acemoglu & Robinson, 2008; Engerman & Sokoloff, 2012).

Sin embargo, la idea de que las instituciones de origen colonial han sido determinantes para la historia de la desigualdad latinoamericana está lejos de ser unánime. Autores como Dobado y García Montero (2010) o Jeffrey Williamson (2010, 2015), han señalado que la América Latina colonial no destacaba por una desigualdad elevada. En su favor, presentan información estadística que probaría que era similar a la de otras economías pre-modernas. En conclusión, sostienen, debe descartarse la relevancia del período colonial para explicar la elevada desigualdad latinoamericana.

El presente ensayo tiene el objetivo de señalar las carencias y debilidades de ambas posiciones, la de los autores neo-institucionalistas como sus críticos, aunque, como veremos, los primeros están mejor orientados. La versión neo-institucionalista de la tesis del legado colonial sostiene que la historia de la desigualdad ha estado determinada por lo que ocurriera en las décadas siguientes a la conquista (De Ferranti, Ferreira, Perry, & Walton, 2004). Williamson (2015) en cambio, aduce que el período anterior a 1913 es irrelevante. En su opinión, la respuesta debe buscarse en las décadas intermedias del siglo XX, cuando en América Latina la distribución del ingreso no mejoró, algo que sí ocurrió en otras regiones.

Sin embargo, la mejor y más reciente evidencia disponible, gran parte publicada en castellano o portugués, contradice ambas conclusiones. En primer lugar, y a diferencia de lo sostenido por los autores neo-institucionalistas, la desigualdad no se ha mantenido constantemente elevada desde la conquista, aunque las sociedades coloniales sí eran desiguales en términos comparados. En segundo lugar, y contrariamente de lo que sostiene Williamson (2015), el continente no se perdió la gran nivelación de mediados del siglo XX; al contrario, muchos países latinoamericanos observaron un descenso de la desigualdad entre 1930 y 1970.

En este texto, argumentaremos que la mejor manera de abordar el estudio de la historia de la desigualdad y su relación con el desarrollo general de América Latina, es retomar el camino iniciado, hace algunas décadas, por los investigadores latinoamericanos antes citados. Es necesario reconocer el rol que han tenido las instituciones de origen colonial, pero en articulación con el tipo de capitalismo que ha caracterizado a las economías del continente desde el siglo XIX, el que ellos denominaron “capitalismo periférico”.

El texto continúa de la siguiente manera. En la sección 2 se analiza la evidencia utilizada por quienes niegan la importancia del legado colonial. Mostraremos que la misma no

permite descartar dicha tesis. Más aún, su conclusión de que la historia anterior a 1913 es irrelevante para la historia de la desigualdad en el siglo XX, es insostenible.

La sección 3 presenta las características centrales del capitalismo periférico latinoamericano que han moldado la historia de la desigualdad en los últimos dos siglos. La transición hacia el capitalismo periférico constituye el problema central de la historia económica de América Latina en el siglo XIX, y la incapacidad para reconocer este hecho crucial y sus consecuencias es la principal debilidad del abordaje neo-institucionalista. Aunque estos autores están en lo correcto al señalar la importancia del largo plazo, por su tendencia a “comprimir la historia” tienden a brindar descripciones esquemáticas y explicaciones simplistas (Austin, 2008). En consecuencia, su análisis de la desigualdad de ingreso desconoce el rol central de la heterogeneidad estructural y de los ciclos asociados a la volatilidad de los precios de las *commodities* que constituyen el grueso de las exportaciones latinoamericanas.

A continuación, las secciones 4 a 6 presentan los principales hechos estilizados de la historia de la desigualdad en América Latina según surgen de la mejor evidencia disponible. Como se verá, el problema central no es que la desigualdad haya permanecido constante desde el período colonial, ni que el continente no haya transitado por el período de nivelación de medidos del siglo XX, sino que, aunque la distribución ha mejorado en ocasiones, la tendencia a la reducción se detiene cuando la desigualdad aún está en un nivel alto. En otras palabras, la región no se distingue por la ausencia de períodos de nivelación, sino por la poca profundidad y duración de los mismos. Mostraremos que esto se explica por las características estructurales del capitalismo periférico, alguna de las cuales tienen su origen en instituciones del período colonial.

Finalmente, cabe realizar una advertencia. América Latina es un continente diverso, con una historia rica y compleja. Aquí, como en otras partes, la desigualdad y su historia tienen muchas caras, dimensiones y determinantes. Lamentablemente, sólo los rasgos centrales de problema tan vasto pueden abordarse en unos pocos miles de palabras. Sin embargo, esta limitación no ha sido óbice para que otros lo hayan intentado, obteniendo un resultado que, en mi opinión, puede ser mejorado. Hacerlo es el objetivo central del presente texto.

2- Debate equivocado, números pobres, conclusiones erradas

Tanto Williamson (2010, 2015) como Dobado y García (2010) argumentan que en el período anterior a 1800, la desigualdad no era diferente en América Latina que en otras regiones del planeta. En consecuencia, sostienen, la idea de que la sociedad colonial latinoamericana era altamente desigual es un mito, no un hecho. Por tanto, concluyen, su elevado nivel actual no tiene relación con legado colonial alguno. Como veremos, sin embargo, esta cadena de razonamientos tiene varios problemas.

En primer lugar, es equívoca respecto al punto central a debate. La tesis sobre la importancia del legado colonial, tal como ha sido sostenida por investigadores latinoamericanos desde los años sesenta y setenta y por los autores neo-institucionalistas más recientemente, no es que en el siglo XVIII la desigualdad fuera más alta en América Latina que en otras regiones. Su argumento no es ese, sino que algunos factores originados en el período anterior a 1800 siguieron teniendo eficacia causal en los siglos XIX y XX. Así, la pregunta relevante no es en qué medida la sociedad colonial latinoamericana era más o menos desigual

que, digamos, la Rusia zarista; sino si es necesario, a fin de comprender y explicar la desigualdad en las repúblicas latinoamericanas, atender a la posible permanencia de instituciones de origen colonial que pudieran tener consecuencias sobre el desarrollo posterior.

Este problema, de tipo conceptual, es suficiente por sí mismo para desmentir la pretensión, que realizan los autores señalados, de haber desacreditado la tesis del legado colonial. Pero, no es esta la única debilidad de su argumento: las cifras en que se basan también tienen problemas. Veamos algunos de ellos.

- Williamson (2010, 2015) presenta lo que denomina “tendencias probables” de la desigualdad en América Latina entre 1491 y 1929. ¿Cómo las ha obtenido? Mediante una regresión basada en la relación estimada entre medidas de desigualdad y de otras variables (PIB per cápita, densidad poblacional, urbanización, dominio extranjero, entre otras), en diferentes épocas y regiones, de las cuales sólo cuatro en dieciocho corresponden a América Latina (Milanovic et al. 2011 table 1). A partir de dichas “tendencias probables”, concluye que la historia de la desigualdad latinoamericana no tiene nada de especial. Sin embargo, en lugar de la conclusión de un estudio, este es el supuesto sobre el que se basa el ejercicio estadístico cuyo resultado son las tendencias probables. Efectivamente, y como señalamos, éstas se obtienen aplicando al caso latinoamericano las relaciones estimadas para otras regiones. ¿Cómo, entonces, podría esperarse que el resultado señalara que la desigualdad en América Latina es distinta de ellas? Llamativamente, esta debilidad de su base empírica no ha inhibido a Williamson de realizar afirmaciones audaces y contundentes, como que “es simplemente falso que América Latina haya sido siempre una región desigual”, o que la “historia de la desigualdad latinoamericana entre 1491 y 1920 es completamente ordinaria”². En otras palabras, el primer título que dio a su trabajo -“Historia sin Evidencia”- es más sincero y ajustado al contenido del mismo que la versión publicada (Williamson, 2009, 2010).
- Cabe, entonces, descartar las “tendencias probables” de Williamson como una aproximación rigurosa a la desigualdad en la América Latina colonial. Pero, ¿cómo debemos medirla? Una respuesta ingeniosa se encuentra en el artículo publicado en 2011 por Branko Milanovic, Peter Lindert, y el mismo Jeffrey Williamson (Milanovic et al., 2011). Partiendo del hecho de que indicadores como el coeficiente de Gini no pueden ser muy elevados en sociedades pobres –en las que el ingreso medio es cercano al de subsistencia-, proponen fijar la atención en la relación entre la distribución del ingreso “observada” –o mejor dicho estimada- y la frontera de la mayor desigualdad posible. De este modo, construyen el Ratio de Extracción, según el cual una sociedad es más desigual que otra si el coeficiente de Gini estimado está más cerca al valor máximo posible dado su ingreso medio. Lamentablemente, al analizar la desigualdad en América Latina durante el período colonial, Williamson no sigue este razonamiento. Si bien presenta ambos indicadores, su análisis se basa completamente en las “tendencias probables” del coeficiente de Gini, desconociendo que, según el

² Las citas originales son las siguientes: “it’s simple not true that Latin America has always been unequal” y “Latin American inequality history (...) from 1491 to the 1920s was so ordinary”.

Ratio de Extracción, las sociedades pre-modernas de Latinoamérica sí tenían una elevada desigualdad (Williamson 2015: table 2)³.

- Además de sus “tendencias probables”, Williamson cita en su favor el artículo de Dobado y García Montero (2010), quienes también sostienen el carácter mitológico de la elevada desigualdad en la América Latina colonial. Como prueba, estos autores presentan estimaciones del ratio entre el PIBper cápita y los salarios reales para distintas ciudades hacia 1800. Dado que la brecha entre estas variables es menor en Bolivia, Colombia y México que en otros lugares, los autores concluyen que la desigualdad también debía ser menor. Sin embargo, y al igual que Williamson, pierden de vista el hecho de que en aquellos casos en que el ingreso medio supera por poco el nivel de subsistencia, dicha brecha no puede ser grande. Desconocen, además, la relevancia de las instituciones que imponían el trabajo forzado y que el 95% o más de la población latinoamericana de entonces no obtenía sus ingresos del salario, por lo que es muy arriesgado –por decir lo menos- extraer a partir de allí conclusiones relativas al nivel general de desigualdad.
- ¿Cómo explica Williamson la elevada desigualdad de América Latina? Sostiene que el momento clave son las décadas centrales del siglo XX, cuando no se habría observado la Gran Nivelación de los ingresos que se produjo en otras partes. Fue entonces, y no antes ni por factores originados anteriormente, que la historia de la desigualdad latinoamericana siguió una trayectoria singular. Sin embargo, también aquí la base empírica que utiliza presenta dificultades. Para sostener la ausencia de nivelación, se basa en los “pseudoginies” estimados por Leandro Prados (2007). Se trata de extrapolaciones que siguen la evolución de lo que Prados denominó, a su vez, el “índice de Williamson”; esto es: el ratio entre el producto medio por trabajador y el salario de trabajadores no calificados. Sin embargo, y más allá de las dudas sobre la calidad de los índices utilizados⁴, se trata de una mala aproximación a la medición de la desigualdad en tiempos de cambios estructural, industrialización y expansión de sectores medios. Ello porque el “pseudogini”, o más en general el ratio entre el producto medio y el salario de no calificados, no capta el impacto de los cambios en la estructura ocupacional a favor de sectores de mayor productividad y salario que aquellos que reducen su participación en el empleo (Rodríguez Weber, 2017b). Este no es un problema menor, en la medida en que estos fueron, justamente, los principales procesos económicos y sociales por los que transitó América Latina durante este período.

3- Medir y explicar la desigualdad en economías periféricas

Descartadas las “tendencias probables” estimadas por Williamson, ¿con qué criterios contamos para evaluar cuál es la mejor información disponible sobre la distribución del ingreso en América Latina en el largo plazo? Para responder esta pregunta, los historiadores económicos han seguido dos estrategias. La primera consiste en seguir una misma metodología de estimación y aplicarla a un conjunto de países. De este modo, Prados (2007)

³ Ver también la Tabla 1 de este trabajo.

⁴ Al menos en el caso de Chile la estimación de Prados (2007) se basa en un índice de salario inadecuado (Rodríguez Weber 2017b).

ha estimado “pseudoginies”, en tanto FitzGerald (2008) y Astorga (2017) construyeron tablas sociales compuestas por cuatro categorías de perceptores de ingresos. La segunda aproximación consiste en utilizar información producida mediante metodologías diferentes, pero que se adaptan y aprovechan mejor las fuentes disponibles en cada caso.

Mientras la primera alternativa produce estimaciones que tienen la ventaja de ser, en principio, comparables, tiene como desventaja el imponer límites severos al tipo de fuentes que pueden ser usadas. En otras palabras, este abordaje (del cual el trabajo de Astorga constituye el mejor y más riguroso ejemplo) renuncia a la posibilidad de construir la mejor estimación posible para cada caso en favor de una metodología general. La segunda alternativa produce mejores estimaciones para cada país, pero se debe ser cuidadoso a la hora de realizar comparaciones entre ellas. Mientras podemos comparar las tendencias generales, es mucho más arriesgado realizar afirmaciones relativas al nivel de la desigualdad estimada. Por ejemplo, a partir de esta estrategia se pueden realizar afirmaciones relativas al incremento o reducción de la concentración de los ingresos, en los países *X* o *Y* en un período de tiempo, pero es mucho más difícil saber si esa tendencia fue más o menos pronunciada en uno u otro caso. Es riesgoso, asimismo, afirmar que el país *X* era más o menos desigual que el país *Y* en un momento cualquiera⁵. Por otra parte, y dado que no hay metodología sin problemas, es necesario elegir. En nuestra opinión, la alternativa más adecuada en función de los objetivos que se plantea este texto, es seguir la segunda estrategia, es decir utilizar la que se considera la mejor evidencia disponible en cada caso.

Lo anterior refiere a la descripción de la desigualdad; resta por abordar cuáles serían las principales determinantes de su nivel y tendencias a lo largo de la historia. A este respecto, sostendremos que este problema no se puede abordar satisfactoriamente sin una correcta comprensión del tipo de capitalismo que caracteriza a las economías latinoamericanas.

En los últimos veinte años ha florecido una vasta literatura sobre las distintas variedades de capitalismo entre los países desarrollados (Hall & Soskice, 2013). Sin embargo, no es esta la primera escuela de pensamiento que argumenta que el capitalismo, como los helados, viene en sabores diferentes. Cincuenta años atrás, al intentar comprender las similitudes y diferencias entre las economías desarrolladas y las de América Latina, investigadores nucleados en la CEPAL elaboraron el concepto de “estilos de desarrollo” (Aníbal Pinto, 1978; Anibal Pinto, 2008). Su idea central era que habían existido diferentes transiciones históricas al capitalismo, siendo la de Europa occidental una de ellas. Para el caso latinoamericano, su conclusión fue que durante el siglo XIX se produjo la transición hacia una modalidad particular que denominaron “periférica”. Sin embargo, incluso dentro de los países de la región existían diferencias en la trayectoria seguida, en parte como consecuencia de su historia previa⁶. Regiones como el Cono Sur, secundarias dentro el sistema económico colonial, heredaron un legado institucional más débil, lo que les facilitó la adaptación a la nueva situación. Por otra parte, las regiones que se ubicaban al centro de las economías coloniales, como las que luego serían los países de México, Perú o Bolivia, enfrentaron mayores

⁵ ¿Qué tan cautelosos debemos ser? Depende de las diferencias en las metodologías y las fuentes utilizadas y los resultados obtenidos. La figura 2 presenta un caso en que creo tiene sentido realizar este tipo de afirmaciones.

⁶ De hecho, la historia era tan relevante para estos economistas que denominaron su método como histórico-estructural.

dificultades. Así, el capitalismo periférico era el resultado de la articulación entre el entramado institucional de las sociedades latinoamericanas, parte del cual era un legado colonial, y el crecimiento exportador de la segunda mitad del siglo XIX, favorecido por la Primera Globalización. Sus características centrales eran las siguientes:

- Heterogeneidad estructural: el capitalismo periférico se distingue porque la fuerza de trabajo se ocupa en múltiples estratos productivos, cada uno con diferentes niveles de productividad del trabajo. La heterogeneidad estructural supone la existencia de factores institucionales o de otro tipo que obstaculizan los derrames tecnológicos entre los diversos estratos. En algunos casos, como los campesinos, los trabajadores informales en la economía urbana, la productividad es muy baja; siendo mayor entre los asalariados de empresas pequeñas en la industria y los servicios, creciendo generalmente con el tamaño de la firma. En el estrato de mayor productividad se encuentran, principalmente, empresas que producen bienes de exportación.
- Especialización primario-exportadora: la mayor parte de las empresas en que el trabajo es suficientemente productivo como para competir en el mercado internacional se dedican a la producción de bienes intensivos en recursos naturales. De ahí que las exportaciones tengan un marcado sesgo hacia las *commodities*. Sin embargo, estas empresas emplean una parte pequeña de la fuerza de trabajo, siendo incapaces de absorber la cantidad suficiente de trabajadores como para terminar con la heterogeneidad estructural.
- Alta ciclicidad: estando la producción de bienes primarios sujeta a una volatilidad de precios mucho mayor que la de los bienes industriales, las economías latinoamericanas se exponen a ciclos violentos de alza y caída en los ingresos provenientes del sector externo. Cuando los precios internacionales son elevados, la región se beneficia por un flujo positivo de renta que incrementa el ingreso disponible y por la entrada de capitales desde el exterior, lo que impacta en la inversión. Cuando los precios caen, algo que puede ocurrir rápidamente, el flujo de renta desaparece, seguido por la salida de capitales tanto de residentes como de no residentes.
- Asimetrías de poder: desde tiempos coloniales, el Estado ha sido el principal garante del poder económico y los privilegios sociales enraizados en diferencias de clase y raza. Estos privilegios son la base de un set de instituciones que refuerzan la estratificación de los mercados de trabajo y la heterogeneidad productiva. Ello se expresa en una alta correlación entre el color oscuro de la piel, la obtención de un menor ingreso, y el estar ocupado en el sector informal.

La historia de la desigualdad latinoamericana de los dos últimos siglos está entrelazada con el desarrollo del capitalismo periférico. Los ciclos económicos originados en las condiciones cambiantes del sector externo generaron ganadores y perdedores, pero la forma precisa en que esta volatilidad afectó la distribución del ingreso dependió de un marco institucional que había sido, a su vez, moldeado por la historia previa. De este modo, aunque la transición al capitalismo periférico puede datarse en el siglo XIX, gran parte de sus rasgos resultaron de la experiencia histórica anterior. Ello es particularmente cierto en el caso de las instituciones del mercado de trabajo, sean formales o informales: la estratificación que aún lo

caracterizaba a fines del siglo XX tenía sus orígenes en el régimen de segregación entre indios, esclavos, criollos y peninsulares instaurado durante el período colonial.

Naturalmente que las instituciones no se han mantenido incambiadas. Las Reformas Liberales de mediados del siglo XIX, la expansión de los derechos de los trabajadores y el proceso de democratización en el siglo XX, no han ocurrido en vano. Como veremos, estos cambios han tenido consecuencias para la historia de la desigualdad. Pero algunas instituciones cuyo origen se encuentra en el período colonial, como las asimetrías de poder en favor de las élites, el racismo, o la estructura de la propiedad de la tierra, son cruciales para entender la historia de la desigualdad hasta el presente.

Por otra parte, los flujos de renta y de capitales, asociados a las alzas y bajas en los precios de las exportaciones, son una novedad introducida por la Primera Globalización. Y esos ciclos son parte central de la historia del desarrollo y la desigualdad en Latinoamérica (Bértola, 2017; Bértola & Ocampo, 2012). En suma, para brindar una explicación de las tendencias seguidas por la desigualdad, se requiere analizar la forma en que estos dos procesos, los ciclos de precios por un lado, y la tensión entre la persistencia y el cambio institucional por el otro, se han articulado a lo largo del tiempo.

4- De Colonias a Repúblicas

Aunque no sea el punto central del debate, cabe mencionar que la escasa evidencia disponible muestra que las economías latinoamericanas sí eran altamente desiguales antes de su transición al capitalismo periférico. Ello es lo que muestra el ratio de extracción (Tabla 1). Vale la pena destacar, también, que todas salvo dos de las doce regiones con mayor ratio de extracción, eran colonias o lo habían sido hasta pocas décadas antes (es el caso de las tres repúblicas latinoamericanas), un hecho relevante en una discusión sobre la importancia del legado colonial para la historia de la desigualdad⁷.

⁷ Milanovic (2017) ha señalado al colonialismo como una de las principales determinantes de la desigualdad en sociedades pre-modernas.

Tabla 1				
Desigualdad en economías pre modernas				
País/Región/año	Ranking	Ratio de Extracción (%)	Gini	Máxima Desigualdad Posible (Gini)
Nueva España (1790)	1	106%	0,64	0,60
Magreb (1880)	2	101%	0,57	0,57
Kenia (1927)	3	100%	0,46	0,46
Kenia (1914)	4	97%	0,33	0,34
India Británica (1947)	5	97%	0,50	0,51
Bizancio (1000)	6	94%	0,41	0,44
Castilla la Vieja (1752)	7	88%	0,53	0,60
Brasil (1872)	8	82%	0,56	0,68
Chile (1868-1873)	9	79%	0,58	0,73
Perú (1876)	10	78%	0,42	0,54
Siam (1929)	11	78%	0,49	0,62
Bihar (India) (1807)	12	77%	0,34	0,44
Francia (1788)	13	76%	0,56	0,74
Holanda (1561)	14	76%	0,56	0,73
Imperio Romano (14)	15	75%	0,39	0,53
Java (1880)	16	73%	0,40	0,55
Holanda (1732)	17	72%	0,61	0,85
Países Bajos (1808)	18	69%	0,57	0,83
Inglaterra y Gales (1290)	19	69%	0,37	0,53
Toscana (1427)	20	67%	0,46	0,69
Inglaterra y Gales (1801)	21	61%	0,52	0,85
Japón (1886)	22	59%	0,40	0,67
Inglaterra y Gales (1688)	23	57%	0,45	0,79
China (1880)	24	55%	0,25	0,44
Inglaterra y Gales (1759)	25	55%	0,46	0,83
Reino de Nápoles(1811)	26	54%	0,28	0,53

Fuentes: Bértola, Castelnovo, Rodríguez Weber, and Willebald (2010), Rodríguez Weber (2017b) and Milanovic et al. (2011). Países y regiones Latinoamericanas subrayadas

La llegada de los conquistadores europeos en el siglo dieciséis detonó una catástrofe demográfica de grandes proporciones, provocando un cambio radical en la dotación de factores (Sánchez-Albornoz, 2014). Pero ¿cuáles fueron sus consecuencias para la desigualdad? Para estimar sus “tendencias probables”, Williamson (2010) supone que, al hacer del trabajo un factor relativamente más escaso, la misma debió caer. Sin embargo, este razonamiento es contradicho por Milanovic (2017) quien encuentra una fuerte correlación negativa entre densidad poblacional y el ratio de extracción. Cabe recordar, en cualquier caso, que el mercado no es el único determinante de los salarios o la distribución del ingreso. Las instituciones importan. Una caída en la densidad de la población que haga escasear el trabajo,

puede incrementar los incentivos de la élite por introducir o reforzar instituciones conducentes a explotar a los trabajadores que sobreviven⁸. Y así fue en América Latina, dónde, al igual que en otros períodos y regiones⁹, la clase dominante enfrentó la escasez de trabajadores profundizando y extendiendo mecanismos institucionales de trabajo forzado como la *encomienda* y el *repartimiento* (Salvucci, 2010).

La élite gobernante en la América Latina colonial separó a la población del continente según criterios de raza y religión. La población nativa fue considerada como menores de edad, incapaz de gobernarse a sí misma, por lo que debía ser guiada por la iglesia y los *encomenderos*. Estos eran generalmente españoles que recibían en *encomienda* una porción de tierra y un determinado número de nativos (*encomendados*) obligados a trabajar de por vida para el *encomendero*. En otros casos, la población aborigen era forzada a trabajar para la población blanca (españoles o criollos) o el estado mediante una cantidad de tiempo limitada y a cambio de una retribución. Se trataba del sistema de *repartimiento* (Romano, 2004), cuyo ejemplo más famoso era la minería de la plata en Potosí (Tandeter, 2002). En el caso de la población de origen africano, eran esclavos, una institución que garantizaba la desigualdad en su más pura forma. Andando el tiempo, las encomiendas y el repartimiento declinaron, dando paso al sistema de haciendas y convirtiendo a los nativos en campesinos y jornaleros; pero lo que permaneció básicamente incambiado, fue la desigualdad de riqueza e ingreso, enraizada en el poder social, político y económico de los hacendados.

Aunque hubo también trabajadores asalariados, es difícil, por diversas razones, considerarles como agentes de un mercado libre. Para empezar, y como hemos señalado, parte importante de ellos eran en realidad trabajadores forzados sujetos mediante el mecanismo del *repartimiento*. En algunos casos, como el de los mitayos de Potosí, se les exigía el cumplimiento de cuotas de producción elevadas que al no ser satisfechas implicaban una detracción de su salario o la extensión de los días de trabajo obligatorio (Tandeter, 1981). Otros asalariados eran retribuidos en especies o estaban sujetos al trabajo obligatorio por deudas (Romano, 2004). En cualquier caso, los distintos mecanismos de trabajo forzado debieron comprimir el nivel salarial de los pocos trabajadores libres no calificados. Así, solo los miembros de una élite de profesionales y burócratas pueden ser considerados como asalariados en el sentido actual del término.

La importancia de estas instituciones es que, en el caso de Latinoamérica, fueron reforzadas por el racismo. Un europeo de principios del siglo XXI puede o no ser descendiente de siervos o esclavos. Pero en el caso de la población latinoamericana de color (indígenas, afrodescendientes y mestizos) la herencia de explotación y desigualdad puede apreciarse a simple vista. Aquí, como en otros lugares, la idea de que la población blanca es en algún sentido mejor que la demás está fuertemente arraigada en un conjunto de instituciones con gran capacidad de persistencia. Aunque han cambiado con el tiempo, especialmente gracias al ascenso de la democracia, estas normas, originadas en el período colonial, contribuyen aún hoy a moldear la desigualdad (Thorp & Paredes Gámez, 2010). Sin embargo, ni Williamson

⁸ Asimismo, cuando el trabajo es abundante y la densidad poblacional elevada, el Mercado puede ser un mecanismo disciplinador suficiente para garantizar los privilegios de la élite.

⁹ Como, por ejemplo, en algunas partes de Europa en el siglo XIV (Aston & Philpin, 1985).

(2010, 2015) ni Dobado y García (2010) analizan el rol del racismo en América Latina colonial, ni tienen en cuenta sus posibles efectos de largo plazo¹⁰.

El siglo XIX fue un tiempo de revoluciones. Inspirada por el liberalismo, la élite ilustrada que tomó el control de las jóvenes repúblicas inició un conjunto de reformas tendientes a terminar con las instituciones formales que segregaban a la población de color. A diferente ritmo según los países, la esclavitud, el repartimiento, la mita, el tributo indígena y otras instituciones racistas, fueron desapareciendo. Asimismo, la revolución y las guerras civiles que les siguieron en la mayoría de los países, empobrecieron a parte de la élite tradicional, al tiempo que la carrera militar se convertía en una vía de ascenso social para algunos mestizos y (unos pocos) indígenas. Así, durante la primera mitad del siglo, mientras las instituciones racistas y coercitivas se debilitaban, tanto el poder económico y político de la élite (probablemente) se redujo. Al menos ello es lo que parece haber sucedido en el caso de Perú, una región muy poblada que jugaba un papel central en el sistema económico colonial (Contreras et al., 2015).

Sin embargo, y contrariamente a lo que los liberales pensaban, sus reformas aunadas a la reorientación económica hacia los mercados externos no transformaron sus países en economías modernas como las europeas. En cambio, marcaron la transición hacia el capitalismo periférico. De este modo, fuera por la oposición eficaz de quienes se beneficiaban de ellas, o por las dificultades inherentes a todo proceso de construcción estatal, lo cierto es que una parte importante de las instituciones que cementaban la desigualdad durante el período colonial permanecieron, en especial las informales.

Luego de las guerras civiles, resultó evidente que el control político había sido tomado por una élite que, liberada de la anterior subordinación al poder imperial, en casi todas partes, usó al Estado en su beneficio. Las tierras comunales y de la Iglesia que fueron privatizadas terminaron en sus manos, reforzando el sistema de haciendas y favoreciendo el incremento de la desigualdad de ingresos, riqueza y poder. Como consecuencia, la nueva oligarquía de hacendados y mineros, compuesta por miembros de la élite tradicional y recién llegados, fue la principal beneficiaria del crecimiento liderado por las exportaciones que caracterizó a la mayor parte de los países latinoamericanos durante la Primera Globalización. Así, el crecimiento económico y la consolidación del poder estatal, dos procesos mutuamente relacionados y que tenían a la clase dominante como protagonista principal, dieron lugar, desde México hasta Chile y Argentina, a un tipo de régimen económico, político e institucional, que la historiografía sobre el período ha denominado oligárquico. Nadie puede sorprenderse de que estos procesos condujeran a un deterioro de la distribución del ingreso.

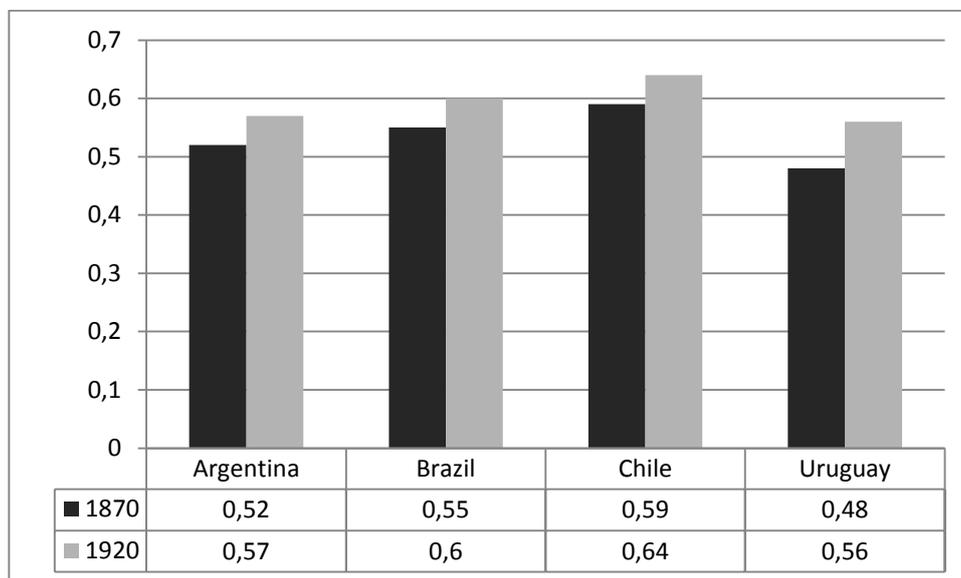
Los países del Cono Sur son aquellos para los que contamos con mejor evidencia sobre distribución del ingreso¹¹. La Figura 1 presenta estimaciones del coeficiente de Gini para Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en dos momentos del tiempo. Se observa en todos los casos un incremento, aunque leve, posiblemente por los niveles ya elevados en el punto de partida, un resultado consistente con los altos valores del ratio de extracción hacia 1870 (Tabla 1).

¹⁰ Aunque el racismo sí juega un rol importante en el análisis de Williamson y Lindert sobre la desigualdad en Estados Unidos (Lindert & Williamson, 2016).

¹¹ Pero no los únicos: estimaciones para México documentan una evolución similar (Bleynat, Challú, y Segal, 2017).

Coincidentemente, el país con un mayor incremento en el coeficiente de Gini es Uruguay, una región de frontera y periférica en el sistema colonial, cuyo legado institucional fue más débil que el de otras regiones¹².

Figura 1: Distribución del ingreso en el Cono Sur durante la Primera Globalización



Fuente: Bértola et al. (2010)

5- Modernización periférica: entre la Curva de Kuznets y la “Pequeña Nivelación”

De acuerdo a Williamson (2015), América Latina no transitó por la “Gran Nivelación” (Great Leveling) que caracterizó a los países centrales entre 1913/30 y 1970. Ello explica, en su opinión, la elevada desigualdad que caracterizaba al continente en el período posterior. En sus palabras, “lo que es claro es que la desigualdad se incrementó en Latinoamérica durante el período de de-globalización entre las décadas de 1920 y 1970, al tiempo que caía en todas partes”¹³ (Williamson, 2015: 338). Sin embargo, según la mejor evidencia disponible, la historia es un poco diferente.

La mejor manera de resumir lo ocurrido con la distribución del ingreso en América Latina entre 1930 y 1970 sería la siguiente: aunque la desigualdad se incrementó en algunos casos, la mayoría de los países transitaron por una reducción de la misma, dando lugar a lo que

¹² A nivel general, este resultado parece corroborar la tesis de Heckscher-Ohlin. Por otra parte, una mirada atenta a la experiencia chilena, tal cual se aprecia en la Figura 2, muestra que la historia puede ser más complicada. Allí la desigualdad cayó entre 1880 y 1900, un período signado por el crecimiento basado en la exportación de bienes intensivos en recursos naturales posible por la expansión de la frontera. Pero, a diferencia de lo ocurrido en Argentina donde primó la inmigración, la frontera chilena fue ocupada por nacionales, alterando la dotación de factores, haciendo la tierra más abundante y el trabajo más escaso (Rodríguez Weber, 2017b).

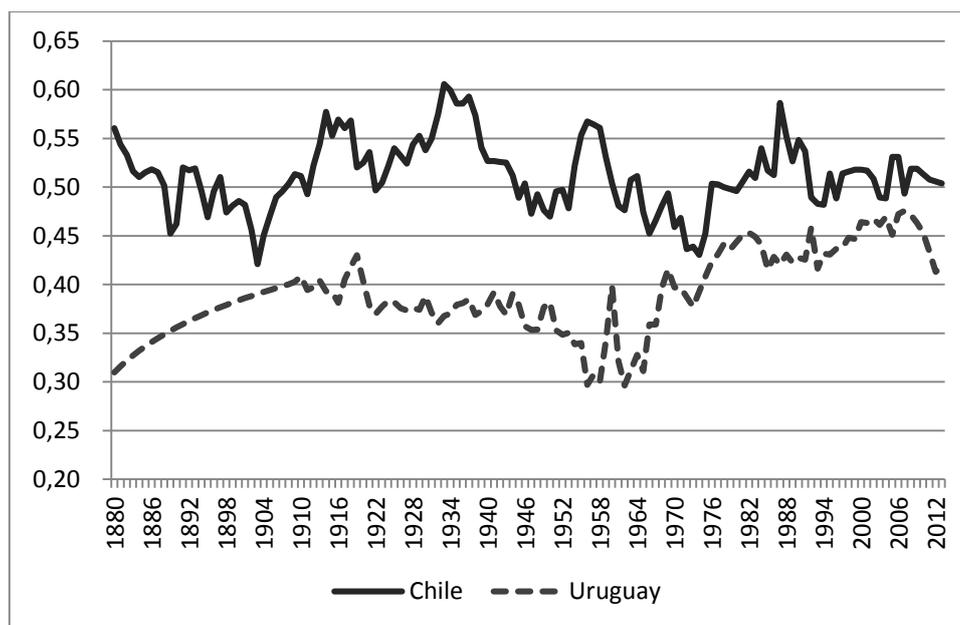
¹³ Traducción propia. El texto original es el siguiente: “what is very clear is that Latin American inequality rose during the anti-global episode between the 1920s and the 1970s, while it fell everywhere else” (Williamson, 2015: 338).

podríamos llamar la “pequeña nivelación latinoamericana”. Las Figuras 2 a 4 resumen buena parte de la evidencia disponible¹⁴.

La Figura 2 presenta estimaciones de largo plazo de la distribución del ingreso en Chile y Uruguay. De la misma surgen cuatro hechos fundamentales:

1. Chile presenta una desigualdad más elevada durante todo el período, un hecho que puede ser explicado -al menos en parte- por las diferencias en la duración y profundidad del dominio colonial y, luego de la independencia, por las diferencias en el tipo de relación establecida en cada caso entre la clase dominante y el Estado (Rodríguez Weber, 2016).
2. Luego de 1940, la desigualdad decrece en los dos países
3. La tendencia igualitaria es de corta duración, especialmente en Uruguay, y su reversión se produce cuando la desigualdad es aún elevada, en particular en Chile.
4. La pequeña nivelación terminó definitivamente, en ambos casos, luego de sendos golpes militares ocurridos en el año 1973¹⁵.

Figura 2: Distribución del ingreso en Chile y Uruguay en el largo plazo. Coeficiente de Gini



Fuentes: Rodríguez Weber (2016), Bértola (2005)

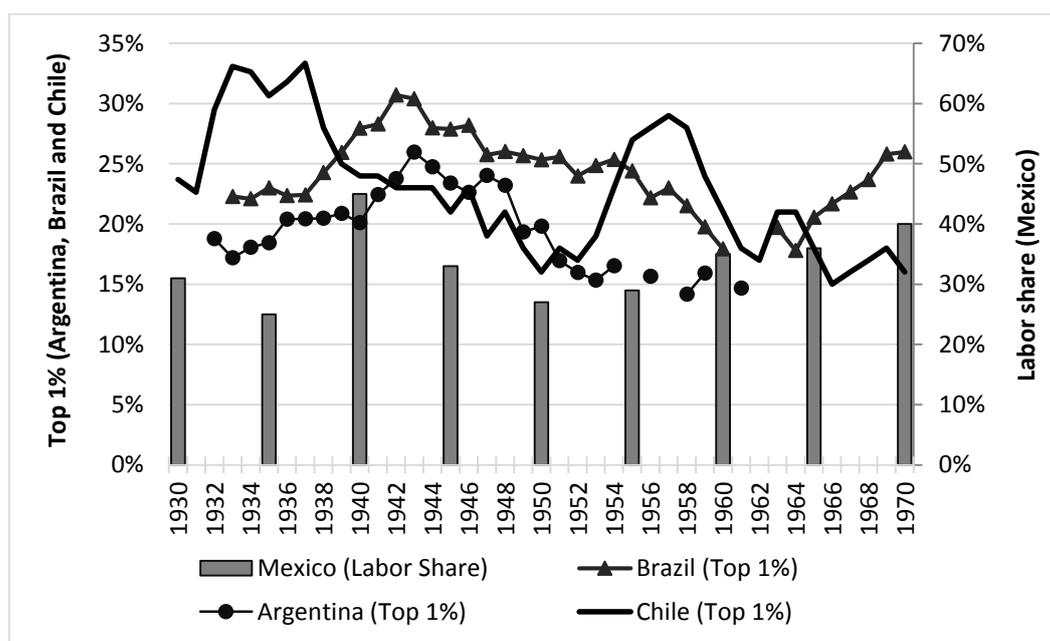
¹⁴ En línea con lo señalado por Jeffrey Williamson, Astorga y Arrollo Abad (2017) han sostenido lo contrario: que en estos años la tendencia dominante fue hacia un deterioro de la distribución. Explican esta evolución como consecuencia del incremento de la participación del 10% superior en el ingreso total. Sin embargo, sus resultados, estimados a partir de sólo cuatro categorías de perceptores (Astorga 2017), tiene problemas para medir los ingresos elevados y resultan inconsistentes con estimaciones de los sectores de altos ingresos realizadas a partir de fuentes fiscales para Brasil y Argentina (Alvaredo, 2010; Souza, 2016).

¹⁵ En Uruguay la desigualdad tomó su senda ascendente unos años antes, a fines de la década de 1960, bajo un gobierno autoritario pero democrático.

La Figura 3 presenta distintas aproximaciones a la desigualdad en Argentina, Brasil, Chile y México. Como puede observarse en los primeros tres casos, la porción del ingreso captada por el último percentil se incrementó en los años treinta y se redujo posteriormente (Alvaredo, 2010; Rodríguez Weber, 2017c; Souza, 2016). En Brasil, la tendencia a la nivelación se revirtió abruptamente luego del golpe militar de 1964: en pocos años la élite brasileña recuperó el terreno perdido en las dos décadas anteriores. En México, la estimación de distribución funcional muestra un incremento de la participación del trabajo en el ingreso nacional en los años treinta, una caída en los cuarenta, y un nuevo incremento entre 1950 y 1970 (Reyes, 2016). Los resultados presentados en el trabajo de Bleynt, Challú, y Segal (2017) van en el mismo sentido. Según estos autores, fue el crecimiento de los salarios reales luego de 1920, impulsado tanto por factores institucionales como por la industrialización, lo que redujo la brecha entre el nivel de ingreso medio y el de los trabajadores¹⁶.

Colombia, por otra parte, muestra una evolución diferente, ya que no transitó siquiera por la “pequeña nivelación”. Según la información presentada en la Figura 4, la distribución del ingreso empeoró entre 1940 y 1970 (Londoño, 1995; Rodríguez Weber, 2017d). Similar sería el caso de Perú, donde la desigualdad también habría aumentado (Contreras et al., 2015).

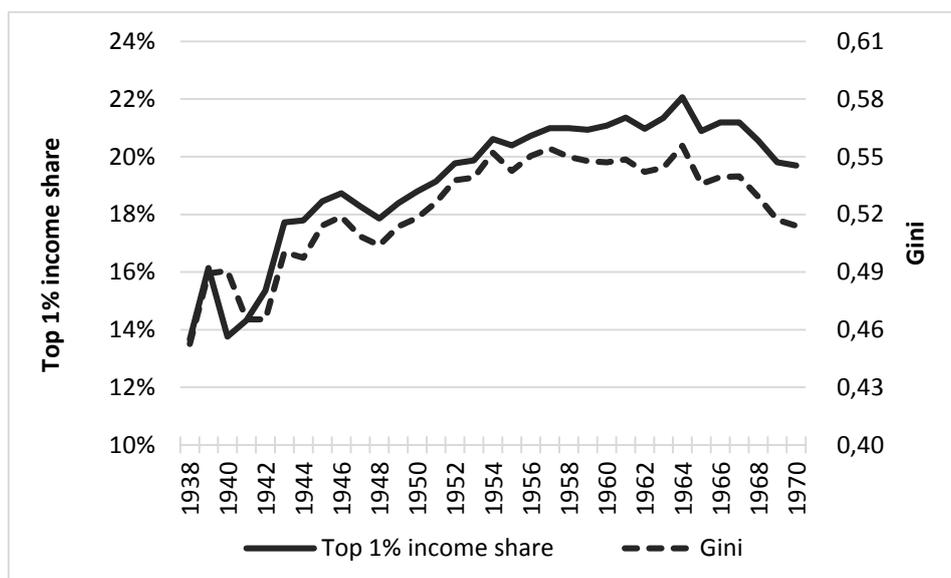
Figura 3: Estimaciones de desigualdad de ingreso según diferentes indicadores. Argentina, Brasil, México y Chile entre 1930 y 1970



Fuentes: México: Reyes (2016); Argentina: Alvaredo (2010); Brasil: Souza (2016), and Chile: Rodríguez Weber (2017c)

¹⁶ En el apéndice, Bleynt et al. (2017) realizan un análisis crítico de parte de la literatura anterior, según la cual la desigualdad se incrementó durante la industrialización. Los autores desacreditan gran parte de estos trabajos por derivar sus conclusiones de estimaciones no comparables entre sí.

Figura 4: La distribución del ingreso en Colombia, 1938-1970



Fuentes: (Rodríguez Weber, 2017a, 2017d)

¿Cuáles habrían sido los mecanismos económicos y políticos que dieron lugar a la “pequeña nivelación”? De acuerdo con los modelos clásicos de Lewis y Kuznets, un proceso de cambio estructural e industrialización como el vivido por la mayoría de los países latinoamericanos entre 1940 y 1970 debió haber incrementado la dispersión de los ingresos¹⁷. Sin embargo, en la región no aplica uno de los supuestos centrales de ambos modelos: una menor o igual desigualdad en el sector tradicional -de baja productividad- que en el moderno. Al contrario, tanto los cambios económicos como los institucionales que caracterizaron a los regímenes oligárquicos luego de 1870, favorecieron un incremento de la desigualdad en la mayoría de los países, por lo que ésta alcanzaba ya un nivel elevado hacia 1913/1930. En otras palabras, si la desigualdad es más alta en el sector agrario que en la industria y los servicios, el proceso de cambio estructural y la expansión de las capas medias, compuestas por trabajadores formales de la economía urbana, puede conducir a una reducción de la polarización y a la mejora de la distribución.

Sin embargo, la industrialización sólo contribuyó a la reducción de la desigualdad en aquellos casos en que el cambio estructural estuvo acompañado por reformas institucionales favorables a los trabajadores. Por ello, no es coincidencia que Argentina, Brasil y México (las tres mayores economías de la región) sean considerados los principales ejemplos del populismo latinoamericano clásico. En esos años, esos y otros países –como Chile o Uruguay- introdujeron regulaciones en el mercado de trabajo en un sentido que aumentaba el poder de negociación de los trabajadores. Las nuevas reglas -como el salario mínimo, la negociación colectiva obligatoria o la ampliación del sistema de seguridad social- fueron reforzadas por la expansión de los sindicatos, algo promovido, a su vez, por gobiernos de orientación populista

¹⁷ Aunque ambos autores apuntan a un mismo resultado, los mecanismos invocados por cada uno son diferentes (Bleynat et al. (2017).

que reconocían a la cada vez más numerosa clase trabajadora urbana como un actor político que no podía ser subestimado¹⁸.

En varios casos, los gobiernos vieron en los recursos naturales una manera de financiar sus políticas redistributivas y de expansión del gasto social. A través de diferentes mecanismos, como las nacionalizaciones, los impuestos a las exportaciones, o la manipulación del tipo de cambio, capturaban una porción creciente de la renta de la tierra que ingresaba al país en tiempo de altos precios de las exportaciones. Estas políticas, que afectaban los intereses del capital extranjero y de la clase dominante tradicional, fueron posibles por la combinación de un Estado fortalecido –una herencia del período oligárquico- con procesos de expansión de la democracia. En otros casos, como en Colombia, la élite fue capaz de retener en sus manos la mayor parte de las rentas generadas por el incremento de los precios de café, que se dispararon entre mediados de los años cuarenta y cincuenta. De hecho, estas diferencias en cuanto a la distribución de la renta entre el Estado y los distintos actores sociales, es clave para explicar las tendencias diferentes que siguió la desigualdad en el caso de Colombia, por una parte, y de Argentina y Uruguay por la otra (Bértola, 2005; Iñigo Carrera, 2007; Rodríguez Weber, 2017a).

¿Pero por qué se trató de una nivelación pequeña? ¿Por qué, por ejemplo, la tendencia a la reducción de la participación del ingreso del 1% superior se detuvo en un valor cercano al 15%, es decir cuando aún era elevada? La respuesta se encuentra en los elementos de continuidad que se mantuvieron en este período respecto a la historia anterior.

Los investigadores de la CEPAL calificaron de “periférica” a la industrialización latinoamericana, porque -entre otras cosas- se mostraba insuficiente para terminar con la heterogeneidad estructural y la dependencia de las exportaciones basadas en recursos naturales. Así, por ejemplo, una parte muy importante de la fuerza de trabajo se mantuvo en el sector informal. En otras palabras, la expansión del empleo formal en la industria o los servicios, no era suficiente como para absorber la mayor oferta de trabajo derivada del crecimiento poblacional y las migraciones internas. En la medida que los cambios institucionales sólo beneficiaban a los empleados formales, una parte importante de la fuerza de trabajo, en gran parte mujeres, indígenas y afro descendientes, no se beneficiaban de ellas¹⁹. De este modo, el incremento o reducción de la desigualdad entre trabajadores dependía de cómo evolucionara la participación del empleo formal en el total, el cambio institucional y la sindicalización. En algunos casos, estos factores interactuaron generando una dinámica que condujo a una nivelación moderada. En otros, como en Perú y Colombia, favorecieron un deterioro de la distribución (Contreras et al., 2015; Londoño, 1995; Rodríguez Weber, 2017a).

Otro factor de explicación radica en que la estrategia de financiar los incrementos salariales y beneficios sociales mediante mecanismos de captación de renta del sector externo

¹⁸ No es que los regímenes populistas fueran revolucionarios o socialistas, ni siquiera socialdemócratas (como los regímenes europeos de entonces), sino que estaban convencidos de que cierta redistribución y la elevación del nivel de vida de la clase trabajadora era necesaria para mantener el orden social y evitar una revolución.

¹⁹ Estos sectores sí se beneficiaban de otras medidas que incrementaban su capacidad de consumo, como el acceso a alimentos y servicios públicos a precios subsidiados.

resultó –como era previsible- insostenible. Los precios de las *commodities* son altamente volátiles, y cuando se redujeron drásticamente durante la década de 1950, la fuente se secó.

Sin embargo, aunque la estrategia populista no fuera capaz de generar políticas redistributivas profundas y sostenibles en el largo plazo, era lo bastante radical como para provocar la ira de la clase dominante y el capital extranjero, en particular el estadounidense, país del que provenían las principales inversiones extranjeras. Se trataba de actores que, si bien no gozaban ya del poder omnímodo que habían ostentado durante los regímenes oligárquicos, seguían siendo capaces –como se demostró- de forzar el cambio político. Así, y aunque ya vinieran mostrando signos de agotamiento, las políticas redistributivas fueron finalmente revertidas, en varios casos, mediante golpes de Estado apoyados por la oligarquía local y el gobierno de Estados Unidos²⁰. En otros, como en México, el punto de quiebre se produjo luego de la crisis de la deuda, en 1982, cuando se observó un giro dramático hacia políticas de orientación neoliberal. En ese último caso, hacia 1990, la participación del trabajo en el ingreso nacional había caído hasta el 30% y el coeficiente de Gini trepado hasta 0.55 (Gasparini, Cruces, & Tornarolli, 2009: Table 3.4; Reyes 2016).

En suma, entre las décadas de 1930 y 1970, varios países de América Latina pasaron por un período de “pequeña nivelación”. El mismo fue resultado del proceso de industrialización aunado a políticas de corte populista que redistribuyeron ingresos desde la clase dominante tradicional y el sector externo, hacia los trabajadores formales en la industria y los servicios. Los mecanismos de redistribución fueron varios: la política impositiva, nacionalizaciones, manipulación del tipo de cambio, regulación del mercado de trabajo, expansión del gasto público social, etc. Sin embargo, las características estructurales del capitalismo periférico, que se mantuvieron durante el período, pusieron límites severos a la redistribución. Al final, las debilidades provocadas por una estructura económica altamente dependiente de lo que ocurriera con unos precios de exportación sumamente volátiles, junto con el poder político y económico que aún mantenían tanto la élite local como el capital extranjero, dos actores perjudicados por la tendencia a la reducción de la desigualdad, terminaron con ella. En muchos casos, lo hicieron apelando a la fuerza bruta de las fuerzas armadas.

6- La evolución reciente de la desigualdad: una historia de alza y caída moldeada por el capitalismo periférico

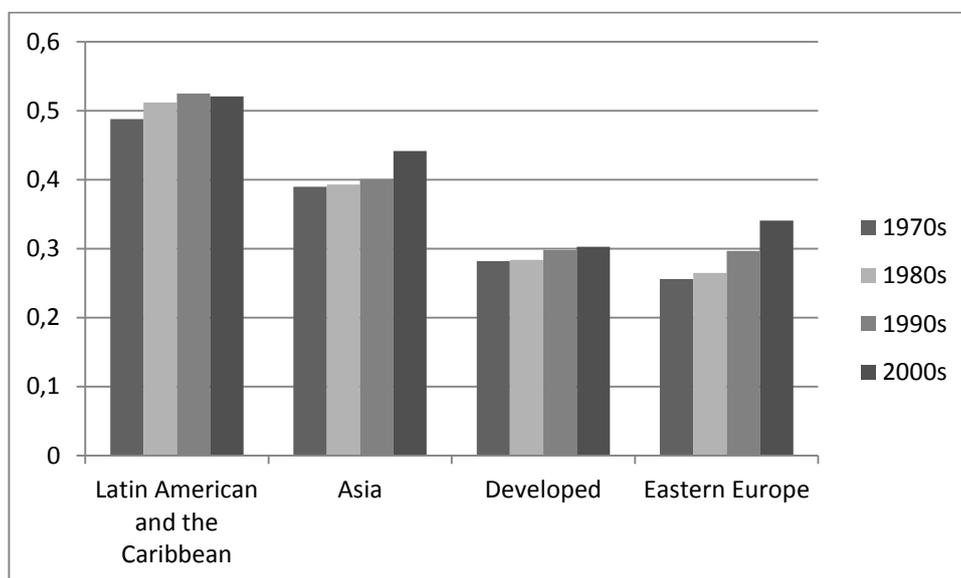
La historia de las últimas cuatro décadas es mejor conocida. Fue entonces cuando el continente ganó visibilidad como la región más desigual del mundo. Como hemos visto, ello no se explica porque no transitara por un período de nivelación, sino porque éste había sido breve y poco profundo. Así, cuando la desigualdad inició su tendencia al alza en los años sesenta -en Brasil y Uruguay-, en los setenta -en Chile-, o en los ochenta -en Argentina y México-, lo hizo desde un punto de partida elevado (Tabla 2 y Figura 5).

²⁰ Este fue el caso en Argentina (en 1955, 1966 y 1976), en Brasil en 1964, y en Chile y Uruguay en 1973.

Tabla 2					
Distribución del ingreso en América Latina. Coeficiente de Gini					
	1980	1986	1992	1998	2002
Argentina	0,398	0,427	0,450	0,502	0,533
Brasil	0,574	0,580	0,601	0,592	0,583
Chile	0,529	0,561	0,547	0,555	0,548
Uruguay	0,402	0,412	0,421	0,440	0,454
Colombia	0,600	0,582	0,564	0,588	0,556
Perú		0,529	0,474	0,526	0,514
Venezuela	0,423	0,446	0,413	0,472	0,475
México		0,480	0,541	0,547	0,538

Fuente: Bértola y Ocampo (2012: Tabla 5.8)

Figura 5: Distribución del ingreso entre las décadas de 1970s y 2000s. América Latina en perspectiva comparada



Fuente: Gasparini et. al (2009 Table 5.1)

Distintos factores políticos y económicos explican esta tendencia al deterioro de la distribución. En el plano político, destaca que la mayoría de los países latinoamericanos cayeron bajo regímenes dictatoriales de derecha. Éstos, además de reprimir los movimientos sindicales, encarcelando y asesinando a sus dirigentes, desmantelaron las políticas favorables a los asalariados instauradas por los regímenes de orientación populista durante las décadas anteriores.

Luego de 1982, los distintos gobiernos –tanto democráticos como autoritarios– enfrentaron las consecuencias de la crisis con medidas regresivas. La austeridad, combinada con la apertura del sector externo, la desregulación del mercado del trabajo, y la desindustrialización, perjudicaron a los trabajadores menos calificados, al tiempo que beneficiaron a terratenientes, empleadores y a los asalariados de mayores ingresos. Entre 1990 y el año 2002, el período de auge de la apertura y la desregulación, el desempleo y la informalidad en América Latina aumentaron del 6% al 11,2%, y del 42% al 48%

respectivamente (Bértola y Ocampo 2012: Table 5.10). En otras palabras, la política económica de esos años, inspirada en el Consenso de Washington, vino a profundizar una de las características más regresivas del capitalismo periférico latinoamericano, y clave de la persistencia de la desigualdad: la heterogeneidad estructural. Nuevamente, la población de color y las mujeres fue la más perjudicada.

Con el paso del tiempo, sin embargo, las consecuencias de la crisis de la deuda y la desindustrialización quedaron atrás. A comienzos del siglo XXI se produjo una interesante novedad: la desigualdad se redujo en la mayoría de los países de la región (Tabla 3). En los últimos años una abundante producción académica ha estado enfocada a medir y explicar este sorprendente cambio de tendencia. Más allá de sus diferencias, la conclusión a la que se ha llegado es que el mismo se debe a una combinación virtuosa de factores económicos y políticos (Bértola & Williamson, 2017; Birdsall, Lustig, & McLeod, 2011; Cornia, 2010; Gasparini et al., 2009; López-Calva & Lustig, 2010). Sus conclusiones pueden resumirse de la siguiente manera.

Por una parte, la expansión de la educación alteró la relación entre el trabajo calificado y el no calificado, al tiempo que la demanda por este último aumentaba como consecuencia de un nuevo período de crecimiento exportador. Ambos factores de mercado apuntaban en una misma dirección: la reducción de la desigualdad salarial. Asimismo, se observó un cambio en la orientación política de muchos países latinoamericanos, que pasaron a ser gobernados por partidos y coaliciones de izquierda. Como era de esperar, los nuevos gobiernos implementaron políticas favorables a los trabajadores de menores ingresos, como el incremento del salario mínimo o el retorno de la negociación colectiva. Junto con el incremento de la actividad sindical –favorecida a su vez por los cambios institucionales– el poder de negociación de los trabajadores se vio reforzado. Ello redujo las asimetrías de poder características del mercado de trabajo y que tanto inciden en la distribución del ingreso. El incremento de los salarios –especialmente de los más bajos– se conjugó con la expansión del gasto público social y la implementación de políticas de transferencias no contributivas dirigidas a los hogares de menores ingresos. En algunos países, como Argentina, Bolivia y Ecuador, estas se financiaron en parte mediante una política de nacionalizaciones y estatizaciones que permitieron captar una porción creciente de la renta de la tierra, que crecía a su vez, por el alza en los precios de las exportaciones. Si bien todas estas medidas afectaban intereses poderosos, el crecimiento económico hacía más fácil a la clase dominante el aceptarlas como una consecuencia natural, aunque indeseada, de la democracia. Así, en los primeros quince años del siglo XXI, los países de América Latina transitaban por un segundo período de nivelación. Sin embargo, la información más reciente parece indicar que el mismo ha llegado a su fin.

Tabla 3			
Tendencias recientes en la distribución del ingreso en América Latina.			
Coefficiente de Gini			
	Circa 2002	Circa 2009	Circa 2013
Argentina	0,578	0,510	0,475
Bolivia	0,614	0,508	0,472
Brasil	0,634	0,576	0,553
Chile	0,552	0,524	0,509
Colombia	0,567	0,553	0,536
Costa Rica	0,488	0,501	0,512
Ecuador	0,539	0,500	0,477
El Salvador	0,525	0,478	0,453
Guatemala	0,542	0,585	
Honduras	0,588	0,554	0,573
México	0,514	0,515	0,492
Nicaragua	0,579	0,478	
Panamá	0,567	0,526	0,527
Paraguay	0,563	0,512	0,522
Perú	0,530	0,469	0,444
República Dominicana	0,537	0,574	0,544
Uruguay	0,455	0,466	0,380
Venezuela	0,500	0,416	0,407
Total (promedio simple)	0,548	0,513	0,492

Fuente: Amarante y Prado (2017: Table 1)

La caída en los precios de las *commodities* puso fin al ciclo de crecimiento exportador, afectando la capacidad de los Estados para financiar las políticas sociales que tan importante papel cumplieron en la reducción de la desigualdad. Luego de 2015, la pobreza volvió a aumentar en Argentina y Brasil y se disparó en Venezuela.

Ante la nueva situación, la reducción del déficit fiscal se transformó en la prioridad central de los nuevos gobiernos latinoamericanos –muchos de ellos de orientación derechista. Junto al abatimiento del gasto, varios países implementaron reformas pro-mercado, a pesar –o justamente por– sus consecuencias regresivas. Brasil presenta el caso extremo. Allí, la Presidenta Dilma Rouseff, del Partido de los Trabajadores, fue removida de su cargo mediante un controversial y poco transparente proceso político, asumiendo en su lugar el vicepresidente Michel Temer. Poco después, y en acuerdo con el parlamento, el nuevo gobierno aprobó un congelamiento del gasto público por veinte años y una reforma laboral que elimina derechos de los trabajadores, retrotrayendo las instituciones del mercado de trabajo al período anterior a 1930. Aunque se trate de reformas muy recientes como para evaluar adecuadamente su impacto en la desigualdad, no se necesita gran capacidad de imaginación para prever las consecuencias distributivas de estas y otras medidas.

En suma, todo parece indicar que la tendencia reciente a la nivelación de ingresos ha sido breve y poco profunda, otra vez. Más aún, cuando el análisis va más allá de los factores inmediatos, vuelve a ser evidente el rol del capitalismo periférico en conjunción con rasgos institucionales presentes desde mucho tiempo atrás. La reducción de la desigualdad fue posible mientras los precios de las exportaciones se mantuvieron elevados, lo que favoreció el

crecimiento económico y el ingreso de importantes flujos de renta, atemperando la oposición de la clase dominante a los nuevos gobiernos de izquierda. En ese contexto, éstos pudieron implementar políticas que enmascararon las consecuencias del capitalismo periférico sobre la distribución del ingreso. Sin embargo, con el cambio del contexto exterior, surgieron a la superficie los aspectos estructurales que vienen incidiendo en la historia de la desigualdad desde mediados del siglo XIX. A punto de terminar la segunda década del siglo, la heterogeneidad estructural (la informalidad apenas se redujo durante el boom exportador); la dependencia de exportaciones intensivas en recursos naturales -sujetas a gran volatilidad en sus precios-; y una clase dominante que sigue siendo lo suficientemente poderosa como para, cuando llega el momento, influir decisivamente en el rumbo político; siguen determinado la historia de la desigualdad en América Latina.

References

- Acemoglu, D., Johnson, S., & Robinson, J. (2002). Reversal of fortune: geography and institutions in the making of the modern world income distribution. *The Quarterly Journal of Economics*, 117(4), 1231-1294.
- Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2008). Persistence of power, elites, and institutions. *The American Economic Review (Evanston)*, 98(01), 267-293.
- Alvaredo, F. (2010). The Rich in Argentina over the twentieth century: From the Conservative Republic to the Peronist experience and beyond 1932-2004. In A. B. Atkinson & T. Piketty (Eds.), *Top incomes. A global perspective* (pp. 253-298). Oxford: Oxford University Press.
- Amarante, V., & Prado, A. (2017). Inequality in Latin America: ECLACs Perspective. In L. Bértola & J. G. Williamson (Eds.), *Has Latin American Inequality Changed Direction?* (pp. 285-315). Cham, Switzerland: SpringerOpen.
- Aston, T. H., & Philpin, C. H. E. (Eds.). (1985). *The Brenner debate: agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Astorga, P. (2017). Functional inequality in Latin America news from the twentieth century. In L. Bértola & J. G. Williamson (Eds.), *Has Latin American Inequality Changed Direction?* (pp. 17-41). Cham: Springer.
- Austin, G. (2008). The reversal of fortune thesis and the compression of history: Perspectives from African and comparative economic history. *Journal of International Development*, 20(8), 996-1027.
- Bértola, L. (2005). A 50 años de la curva de Kuznets: Crecimiento económico y distribución del ingreso en Uruguay y otras economías de nuevo asentamiento desde 1870. *IHE Investigaciones de Historia Económica*, 1(3), 135-176.
- Bértola, L. (2017). Looking at Piketty from the Periphery. In P. Hudson & K. Tribe (Eds.), *The contradictions of capital in the twenty-first century: the Piketty opportunity*. Newcastle upon Tyne: Agenda Publishing.
- Bértola, L., Castelnovo, C., Rodríguez Weber, J., & Willebald, H. (2010). Between the colonial heritage and the first globalization boom: on income inequality in the Southern Cone. *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 28(02), 307-341.
- Bértola, L., & Ocampo, J. A. (2012). *The Economic Development of Latin America Since Independence*. Oxford: OUP Oxford.
- Bértola, L., & Williamson, J. G. (2017). *Has Latin American Inequality Changed Direction? Looking Over the Long Run*. Cham, Switzerland: Springer Open.
- Birdsall, N., Lustig, N., & McLeod, D. (2011). *Declining inequality in Latin America: some economics, some politics*. Center for Global Development - Working Paper N° 251. Washington, DC. Retrieved from http://www.cgdev.org/files/1425092_file_Birdsall_Lustig_McLeod_FINAL.pdf
- Bleynat, I., Challú, A., & Segal, P. (2017). *Inequality, Living Standards and Growth: Two Centuries of Economic Development in Mexico*. Department of International Development. Working Paper 2017-02. London. Retrieved from <http://wid.world/wp-content/uploads/2017/11/001-Segal-Inequality-in-Mexico-2017-05-01.pdf>

- Cardoso, F. H., & Faletto, E. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina; Ensayo de interpretación sociológica*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Contreras, C., Incio, J., López, S., Mazzeo, C. A., Mendoza, W., Flor Toro, J. L., . . . Leyva Zegarra, J. Z. (2015). *La desigualdad de la distribución de ingresos en el Perú: orígenes históricos y dinámica política y económica*. Lima: Fondo Editorial, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Cornia, G. A. (2010). Income Distribution under Latin America's New Left Regimes. *Journal of Human Development and Capabilities*, 11(1), 85-114.
- De Ferranti, D. M., Ferreira, F. H. G., Perry, G. E., & Walton, M. (2004). *Inequality in Latin America: breaking with history?* Washington, DC: The World Bank.
- Dobado, R., & García Montero, H. (2010). Colonial origins of inequality in Hispanic America? Some reflections based on new empirical evidence. *Revista de Historia Económica/Journal of Iberian and Latin American Economic History (Second Series)*, 28(02), 253-277.
- Engerman, S. L., & Sokoloff, K. L. (2012). *Economic development in the Americas since 1500: endowments and institutions*. Cambridge; New York: Cambridge University Press.
- FitzGerald, V. (2008). Economic development and fluctuations in earnings inequality in the very long run: The evidence from Latin America 1900-2000. *J. Int. Dev. Journal of International Development*, 20(8), 1028-1048.
- Furtado, C. (1976). *La economía latinoamericana: formación histórica y problemas contemporáneos*. México: Siglo Veintiuno.
- Gasparini, L., Cruces, G., & Tornarolli, L. (2009). Recent trends in income inequality in Latin America *Working Paper Series* (Vol. 132): Society for the Study of Economic Inequality.
- Hall, P. A., & Soskice, D. (2013). *Varieties of Capitalism: Institutional Foundations of Comparative Advantage*. Oxford: Oxford University Press.
- Iñigo Carrera, J. (2007). *Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa; 1882-2004*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Lindert, P. H., & Williamson, J. G. (2016). *Unequal gains: American growth and inequality since 1700*. Princeton: Princeton University Press.
- Londoño, J. L. (1995). *Distribución del ingreso y desarrollo económico: Colombia en el siglo XX*. Bogotá: TM Editores - Fedesarrollo - Banco de la República.
- López-Calva, L. F., & Lustig, N. C. (2010). *Declining inequality in Latin America a decade of progress?* Washington, D.C: Brookings Institution Press.
- Milanovic, B. (2017). Towards an explanation of inequality in premodern societies: the role of colonies, urbanization, and high population density. *The Economic History Review The Economic History Review*. doi: 10.1111/ehr.12613
- Milanovic, B., Lindert, P. H., & Williamson, J. G. (2011). Pre-Industrial Inequality. *The Economic Journal*, 121(551), 255-272.
- Pinto, A. (1978). Estilos de Desarrollo: Conceptos, Opciones, Viabilidad. *El Trimestre Económico*, 45(3), 557-610.
- Pinto, A. (2008). Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina. *Revista de la CEPAL*.(96), 73.
- Prebisch, R. (1981). *Capitalismo periférico: crisis y transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Reyes, M. (Ed.). (2016). *Los salarios y la desigualdad en México. Informe Anual del Observatorio de Salarios 2016*. Mexico: Universidad Iberoamericana Puebla.
- Rodríguez Weber, J. (2016). Desigualdad y desarrollo en Chile: Historia Comparada de la Desigualdad en Chile y Uruguay (Vol. 2016/01 Serie Documentos de Trabajo PNUD – Desigualdad). Santiago de Chile: PNUD-Chile.
- Rodríguez Weber, J. (2017a). *Altos ingresos, desigualdad y renta cafetera en Colombia, 1938-1988*. Paper presented at the XX Congreso de la Asociación Colombiana de Colombianistas, San Diego CA.
- Rodríguez Weber, J. (2017b). *Desarrollo y Desigualdad en Chile (1850-2009). Historia de su economía política*. Santiago: DIBAM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Rodríguez Weber, J. (2017c). La erosión del poder de la élite en Chile entre 1913 y 1970. Una aproximación desde los ingresos del 1%. *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 35(1), 49-80. doi: <https://doi.org/10.1017/S0212610916000173>
- Rodríguez Weber, J. (2017d). Nuevas estimaciones de distribución del ingreso en Colombia entre 1938 y 1988. Metodología de estimación y principales resultados. *Cuadernos de Economía*, 36(72).
- Romano, R. (2004). *Mecanismo y elementos del sistema económico colonial americano: siglos XVI - XVIII*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Salvucci, R. J. (2010). Some Thoughts on the Economic History of Early Colonial Mexico Economic History of Early Colonial Mexico. *History Compass*, 8(7), 626-635.
- Sánchez-Albornoz, N. (2014). *Historia mínima de la población de América Latina desde los tiempos precolombinos al año 2025*. Madrid: Turner - El Colegio de México.
- Souza, P. H. G. F. (2016). *A Desigualdade Vista do Topo: A Concentração de Renda entre os Ricos no Brasil, 1926-2013*. (PhD), Universidade de Brasília, Brasília.
- Sunkel, O., & Paz F, P. (1970). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Tandeter, E. (1981). Trabajo forzado y trabajo libre en el Potosí colonial tardío. *Desarrollo Económico*, 20(80), 511-548.
- Tandeter, E. (2002). *Coacción y mercado: la minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Thorp, R., & Paredes Gámez, M. I. (2010). *Ethnicity and the persistence of inequality: the case of Peru*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave Macmillan.
- Williamson, J. G. (2009). History without Evidence: Latin American Inequality since 1491 (Vol. NBER Working Paper No. 14766). Cambridge, MA: NBER.
- Williamson, J. G. (2010). Five centuries of Latin American income inequality. *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 28(2), 227.
- Williamson, J. G. (2015). Latin American Inequality: Colonial Origins, Commodity Booms or a Missed Twentieth-Century Leveling? *Journal of Human Development and Capabilities*, 16(3), 324-341.